

Teodoro Petkoff

LIBROS

THE MAGICAL STATE

Debo comenzar por una pequeña apostilla personal. Leí este libro por pura casualidad, en su edición en inglés, el mismo año de su aparición. Lo vi en el escritorio de un amigo, eché un vistazo sobre algunas páginas al azar y ya no pude soltarlo. Lo pedí prestado y me lo bebí de un trago. A Fernando no lo conocía personalmente, pero a raíz del entusiasmo que me despertó su trabajo pronto hicimos contacto. No creo incurrir en alguna desmesura si digo –y estoy dispuesto a sostenerlo– que éste es un libro fundamental para la comprensión de Venezuela. Una leyenda urbana de la Cuarta República temprana difundía la especie, atribuida a Rómulo Betancourt, de que para orientarse en la política nacional era preciso leerse la monumental historia de Venezuela de González Guinán. Pues bien, cambiando lo

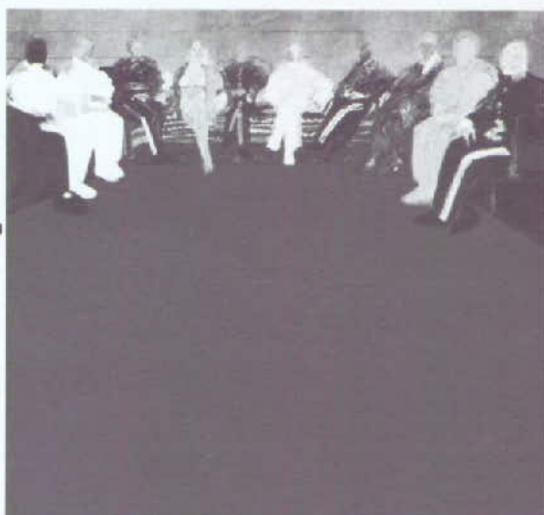
cambiable, y sin necesidad de cumplir la empresa ciclopea que Rómulo aconsejaba, la lectura detenida de la obra de Fernando Coronil arroja, tal vez más lúcidamente que ninguna otra, una vívida luz sobre las circunstancias que nos han hecho ser como somos.

Esto es lo que podría llamarse un trabajo holístico. Se aproxima Fernando a la venezolanidad desde una perspectiva múltiple. La economía, la política, la sociología, la ideología y la cultura son los elementos con los que Coronil compone la arquitectura de su estudio. Hasta las páginas sociales de los periódicos fueron objeto de su acucioso escarpelo intelectual. El resultado es "El Estado Mágico".

El Estado mágico no es otro que el "petroestado", esa categoría especialísima de estados (y de países)

construidos a partir del diluvio de ingresos en divisas fuertes que cae sobre los territorios de cuyo subsuelo brota el petróleo.

Antes del cognomento de "petroestado", la literatura económica había creado el concepto "enfermedad holandesa" para definir las dolencias que aquejan a los países sometidos a la influencia de ingresos extraordinarios provenientes del petróleo. Curiosamente, pero también explicablemente, en razón del eurocentrismo, aquella calamidad recibió el nombre de un país europeo, que dista de ser un petroestado, cuando los teóricos tenían a mano la posibilidad de utilizar algunos gentilicios sobradamente emblemáticos de ella. Esa "enfermedad" podía perfectamente bien ser bautizada como "saudita" o "nigeriana" o "indonesia" ...o "venezolana". Pero la famosa "enfermedad"



El Estado mágico Naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela

Fernando Coronil



Consejo de Desarrollo
Científico y Humanístico
Universidad Central de Venezuela

Nueva
Sociedad

alude, en verdad, más que nada a las consecuencias económicas de la plétora de divisas que termina por agobiar a las naciones petroleras del Tercer Mundo. La permanente apreciación de la moneda nacional hace de estas economías grandes grandes importadoras y precarias productoras de cualquier otra cosa que no sea el aceite de la tierra. Los estados, receptores del ingreso y redistribuidores de él, adquieren dimensiones elefantiásicas porque en economías con un débil tejido productivo alterno al petrolero, pasan a ser los mayores empleadores del país, a través de mecanismos clientelares y populistas que financian lealtades políticas... mientras el sistema funciona. Las sociedades "petroestadales" generan toda una ideología que le es específica y que trasciende las representaciones del mundo que ordinariamente son propias —y, además, distintas entre sí— de los diferentes sectores sociales. Una de las interesantes comprobaciones que hace el estudio sobre la pobreza adelantado por los equipos de la UCAB, es que en Venezuela los ricos y los pobres piensan igual del Estado, de los gobiernos y de sus relaciones con unos y otros. Ricos y pobres poseen una mentalidad parejamente "filial" respecto al Estado. Los unos esperan del Estado protección económica; se sienten beneficiarios de toda clase de subsidios, desgravámenes arancelarios, exenciones y exoneraciones tributarias, tasas cambiarias diferenciales: Los otros sienten al Estado obligado a proporcionar protección social a través de toda clase de programas, por incosteables que puedan ser. En definitiva, ricos y pobres poseen una mentalidad de "golilleros". O, para decirlo un tanto más académicamente, poseen la mentalidad de los buscadores de renta, de los "rent seekers" de la reciente literatura económica. No somos un país de productores,

sino de pobladores de un campamento minero, siempre a la búsqueda del negocio "one shot", del que nos va hacer ricos de la noche a la mañana, sin los remordimientos calvinistas de las viejas burguesías del Primer Mundo y de sus respectivas clases obreras.

En efecto, aunque no siempre, pero no pocas veces, las propias empresas industriales, que podrían imaginarse asociadas a la paciencia de la "tasa de retorno" y del largo plazo, no han sido sino trampajaulas para captar en el corto plazo porciones de renta.

Alguna vez un presidente venezolano acuñó una frase demoledora: "Este es un país de empresas quebradas y empresarios opulentos"...

Ese Estado mirífico, dispensador de lo bueno y lo malo, caja chica inagotable, financista de los poderes fácticos y de instituciones públicas y privadas, ha sido uno y el mismo desde Juan Vicente Gómez para acá, como bien lo demuestra Coronil al negarse a aceptar esa periodización que introduce una solución de continuidad; propias de cada gobernante y de sus respectivos contextos; la historia del país y de su cultura ha sido la de "estatización" de su vida toda.

Por supuesto, en una sociedad de buscadores de renta, en la cual la palanca principalísima de su distribución es el mágico estado que la recibe primariamente, el control de éste o, mejor dicho, de los canales a través de los cuales fluye aquélla, es un objetivo prioritario de los actores sociales y políticos. De allí los vínculos non sanctos que se establecen entre unos y otros a través de los infinitos meandros de la corrupción.

La mitificación de ésta, más allá de su deletérea realidad, es típica de la cultura del petroestado. Ésta no es una cultura de ganar-ganar. Si yo pierdo es porque alguien gana a mis expensas y si gana, puesto que lo

juzgo con mi misma mentalidad golillera, no puede haber sido lícitamente sino con trampas. La corrupción es, pues, el Deus ex machina de todos nuestros males y la explicación totalizante de ellos. Si somos un país rico, como reza la ideología oficial, y lo habita un pueblo pobre es porque es un país de ladrones, no una sociedad disfuncional. Por eso los proyectos políticos más importantes, después del gran acuerdo nacional de 1958, han sido una interminable sucesión de diatribas impregnadas de moralina e hipocresía, dirigidas a la mutua canibalización.

Coronil nos proporciona ciertas claves para entender mejor a nuestro país y a nuestro pueblo y para, eventualmente, buscar aquellas que nos permitan superar lo que hoy somos en tanto que sociedad. Es un libro indispensable para que los soñadores pongan los pies en la tierra y para que los pragmáticos lo sean menos. Cerca estamos de un desastre social y político por ese clivaje profundo que ha sido inducido entre la Venezuela pobre y empobrecida y la portadora, así sea de modo insuficiente y precario, de los instrumentos cognoscitivos de la modernidad. Establecer una alianza entre los excluidos creados por las políticas del Estado Mágico, y los sectores que de la mano del mismo Ogro Filantrópico —como lo denominara Octavio Paz, en una metáfora fulgurante— recibieron así fueren los rudimentos para aprender a pescar, supone un reto de gran calibre para quienes hoy buscan cómo salir de este laberinto y superar las consecuencias que la mágica cultura que este "brujo magnánimo" —como lo llama Cabrujas en un texto que rescata Fernando Coronil— ha creado.

Teodoro Petkoff

Editor Diario Tal Cual